

que debia conducirle al patíbulo; y metiendo los brazos en su turca, dijo con donaire: *Bah, ésta será mi mortaja, pues aquí no hay otra.* Acercóse un soldado á vendarle los ojos y él se resistió diciendo: *No hay aquí objetos que me distraigan;* mas habiendo insistido el jefe de la escolta, él mismo se vendó con un pañuelo que sacó del bolsillo. Atados los brazos con los porta-fusiles de dos soldados que le conducian y arrastrando con dificultad los grillos que se le habian puesto al salir de la prision, fué llevado al recinto exterior del edificio. *¿Aquí es el lugar?* preguntó con voz enérgica, *Sí,* le contestaron. Obligáronle á ponerse de rodillas con la cara vuelta hácia una tápia; dióse la voz de fuego: tronó la descarga, y apénas se disipó el humo, se percibió al cuerpo agitándose en horribles convulsiones; disparáronle una segunda descarga, oyóse un grito penetrante y espantoso, y quedó inmóvil sobre una charca sangrienta el grande, bravo é inmortal Morelos!.....

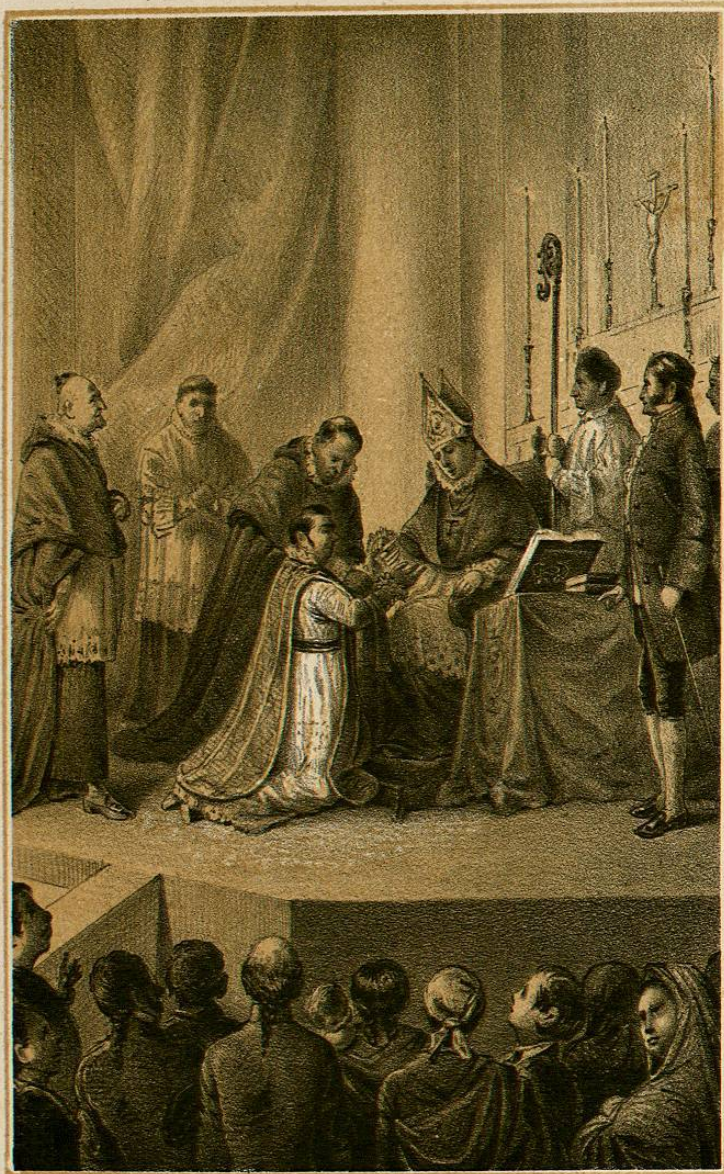
LXXXII.

La saña desplegada por los opresores de México, contra el hombre mas extraordinario que habia producido la gloriosa revolucion de independencia, solo sirvió para infundir ma-

yor aliento en los demás caudillos que combatian por la libertad de su patria. Aquella farsa inicua de la degradacion; aquella sentencia de la Inquisicion; esa alianza del clero con los mandarines españoles en la tarea infame de atormentar los últimos dias de un héroe, no pueden recordarse sin sentir en el alma la mas profunda y generosa indignacion. Despues de todo esto, no podia, no debia haber en el curso de los acontecimientos humanos y en las leyes de la eterna justicia, más que el triunfo de la libertad mexicana sobre ese bárbaro monumento de la Iglesia y de la monarquía, que pesó durante tres siglos en la tierra de nuestros padres. Fué la lucha larga y porfiada; y aun despues de sacudido el yugo que á nuestra patria agobiaba, trascurrieron cincuenta años de sangre y de lágrimas, para obtener el pueblo mexicano la plena posesion de sus gloriosos destinos, el pleno goce de su libertad, la completa afirmacion de su existencia política.

LXXXIII.

Era Morelos de mediana estatura, robusta complexion y de color moreno; sus ojos oscuros, pero limpios, rasgados y brillantes, eran de una mirada viva, profunda y extremadamente simpática; superábales una ceja poblada y unida, que



J. HERNÁNDEZ, LITOG.

LIT. DE H. IRIARTE, MÉXICO.

DEGRADACION DE MORELOS

daba á su rostro una expresion de incontrastable energía; la forma de su cerebro revelaba la poderosa fuerza de su espíritu; la barba, vigorosamente redondeada, como la de César en las medallas romanas que llevan su efigie, contribuía á marcar la expresion de una indomable voluntad; su aspecto grave y hasta sañudo, se modificaba, sin embargo, por una boca franca y risueña, resultando del conjunto de sus facciones ese equilibrio armónico, propio y digno de los grandes caracteres. A la hora del combate, segun los que de cerca le observaron, sus ojos relampagueaban siniestros, y su voz adquiria atronadoras inflexiones para animar á las tropas; en los demas lances de la vida demostraba gran impasibilidad y su rostro sereno no revelaba los afectos de su ánimo. No carecia de amenidad su conversacion, y cuéntase que gustaba de esmaltarla con donaire y gracejo. A la hora del peligro se aguzaba su apetito; y muchas veces en lo mas reñido del combate hacia que le sirvieran de comer, como lo hizo en Tenancingo, en Oaxaca y en el dilatado sitio de Cuautla. Tenia por costumbre llevar atado un pañuelo á la cabeza, para defenderla del aire, pues sufría en ella continuos dolores. Ya hemos dicho al principio de esta biografía, que como hijo y como hermano cumplió los deberes sagrados que impone la naturaleza. Tal fué el hombre.

LXXXIV.

Como caudillo, como héroe, Morelos debe ocupar un lugar prominente entre las grandes figuras históricas de México. Nacido de humildes padres, criado en pobre cuna, pasó su infancia y su primera juventud, envuelto en la ignorancia que el sistema político adoptado por los dominadores de la colonia hacia pesar sobre los hijos de este suelo. A los treinta años, después de haber consumido los mejores días de su vida en sostener á los seres mas caros á su corazón con el producto de un duro trabajo, Morelos emprende la tarea de estudiar, vence todos los obstáculos, y sale del colegio de San Nicolás para recibir la investidura eclesiástica. Por espacio de varios años la actividad de su espíritu halla aplicación en el ejercicio asiduo de su ministerio. Alza Hidalgo en Dolores el estandarte de la revolución, y responde Morelos—uno de los primeros—al llamamiento que hizo el Padre de la independencia á los buenos hijos de América. Desde ese momento se revela en toda su inmensa valía á la atención de sus compatriotas y á la doble tiranía española y clerical que siente temblar el suelo bajo sus plantas. El hombre que no tenia títulos de nobleza, pero que traía timbres mas legítimos, consistentes en una vida de honrado trabajo y en un pasado sin mancha, el que del polvo se alzaba, ad-

quirió, desde el primer momento de su existencia revolucionaria, proporciones y talla gigantescas.

Apareció Morelos en los angustiados momentos de la derrota del grande y primer ejército independiente. La revolución, tenida por muchos de los hijos mismos del país como un horrendo crimen, cuyos autores no eran dignos del perdón de Dios y de los hombres, parecia ahogarse en las charcas de sangre que mancharon las colinas de Calderon. Bajo las bóvedas de las catedrales resonaban los himnos fervorosos que un clero servil, malvado y abyecto, elevaba á quien sabe qué divinidad sombría que el despotismo ha inventado, para hacer creer que el cielo está de su parte. Cuando los siniestros cadalsos de Chihuahua se levantaban cual tumba ensangrentada de la libertad mexicana, un intrépido caudillo desplegaba victoriosa en las orillas del mar del Sur la bandera de Hidalgo; la revolución no habia muerto, nó, con sus ilustres iniciadores: el humilde cura de Carácuaro fué desde entónces el centro del glorioso movimiento, y el faro de las esperanzas de un pueblo: salvó á la libertad de morir, apenas nacida, y la nación mexicana contrajo desde entónces inmensa gratitud hácia este héroe inmortal. Su marcha por la costa del Pacífico fué una carrera triunfal, en la que quedaron deshechos los militares de mas renombre entre los dominadores; limpió de enemigos todo el vasto país comprendido entre las orillas del Grande Oceano y el Mexcala; Chiautla, Izúcar, la Galarza, Tenancingo, proclamaron sucesivamente el triunfo de sus armas; el sitio de Cuautla fué para nuestra patria una epopeya y para Morelos la página mas bella de su historia; y Huajuápam, Orizaba, Oaxaca, Acapulco y cien nombres más, fuéron otras tantas victorias que afirmaron en los mexicanos el noble sentimiento de emancipación y prepararon su triunfo definitivo.

Sin elementos de ningun género cuando principió sus campañas, supo proporcionárselos tomándolos al enemigo; ninguno como él, entre los hombres de nuestra independencia, desplegó tanta actividad y todos los recursos del génio; y na-

die como Morelos, paseó sus armas triunfantes en mayor espacio de nuestro territorio. Profundamente reservado y astuto, no confiaba sus planes ni á sus mas queridos tenientes, que los ignoraban hasta el momento de emprender su ejecucion. Dotado de una potencia admirable de penetracion, conocia á los hombres y les hacia servir á sus miras, empleándoles segun el grado de valía de cada uno de ellos. Apesar de la descuidada educacion en que trascurrió gran parte de su vida, asombra la aptitud que reveló en las difíciles cuestiones de gobierno, y las multiplicadas muestras de ese golpe de vista, certero y rápido, que es signo propio del génio. Inmensas sumas de dinero pasaron por sus manos en cinco años y todas las aplicó á la causa que propugnaba, sin tomar nada para sí, al grado de vender su ropa para emprender la marcha de Uruápan á Tehuacan. De índole humana y compasiva, simpatizaba con todos los dolores y sublevábase contra las injusticias. Esto no obstante, se le ha acusado de cruel y severo, olvidando sus detractores que él no fué quien inició los fusilamientos de los prisioneros: el gobierno vireinal y los jefes que le obedecian fuéron los primeros en adoptar la guerra de exterminio; y Morelos, que abrigaba la profunda conviccion de que el derecho de represalias era justo y legítimo, castigó con la muerte á varios de los muchos prisioneros que en su poder cayeron.

Si como guerrero ocupa el primer puesto entre los caudillos de la independencia, como hombre político le corresponde un lugar distinguidísimo. Rompió con mano audaz el velo con que los iniciadores de la revolucion ocultaban el verdadero objeto de sus trabajos, y débese á su iniciativa el acta de independencia de Chilpancingo; organizó un gobierno que no habia, y que fué despues el centro de tantos esfuerzos aislados; inspiró la formacion del Código de Apaztangan, reunion de principios teóricos y declaraciones abstractas, pero que levantó á grande altura moral la causa de la patria. Luego, cuando sonó la hora de los reveses, cuando sus armas perdieron su brillo en la infausta campaña de

Valladolid, los hombres á quienes él habia llamado á formar el gobierno, le inutilizaron para adquirir nuevas victorias, confiándole un puesto de honor, incompatible con el mando de las armas. A todo se resignó el héroe: afrontó la desgracia con la misma serenidad con que en otro tiempo aceptó la fortuna: se inclinó obediente y sumiso ante las decisiones del poder que él mismo habia erigido; y mas grande entónces que cuando se hallaba colocado en la cima de la prosperidad, dió su vida por salvar las de sus compañeros, legando á la posteridad y á sus compatriotas, el ejemplo de morir con impávida entereza por la patria y por la libertad.

LXXXV.

La gloria de Morelos honra á la humanidad y su solo nombre es para México un título de justísimo orgullo. Cuando lució para esta gran nacion el anhelado dia de regeneracion y vida propia, uno de sus primeros actos fué declarar á su hijo preclaro *benemérito de la patria*. Valladolid, feliz cuna del héroe, Cuautla, monumento perenne de su fama, y muchos lugares de la república trocaron su antigua denominacion por el nombre del *siñ par adalid* de la independencia. Un nuevo Estado de la Union mexicana entró á la vida política en 1869, adoptándole tambien como signo de prosperi-

dad y de su fé en el porvenir; y el mármol, el bronce y la tela, trasfigurándose al soplo del arte y al aliento de la gratitud pública, han multiplicado á porfía la augusta y noble imágen del esclarecido patricio.

Cuando en dias no remotos se vió en peligro la herencia de nuestros padres; cuando la independencia de México estuvo amenazada de muerte por la mas infame y proditoria de las invasiones; cuando mil y mil aventureros recorrian el suelo sagrado de la pátria dejando marcado su paso con el incendio, la devastacion y la muerte, y la traicion sonreía satisfecha de su obra, el recuerdo de Morelos daba vigor indómito á nuestros hermanos; y tras cinco años de lucha de gigantes, tornaron á afirmar sobre sus bases el monumento que edificaron nuestros antepasados. Ese monumento está en pié, soberbio y magnífico; y si algun dia nuevos peligros le amenazáren, el pueblo mexicano se inspirará para salvarle en el ejemplo y en el nombre de Morelos, y ellos le enseñarán otra vez á triunfar de sus enemigos ó á sucumbir con gloria.

JULIO ZÁRATE.

APÉNDICE.

LEY DE 19 DE JULIO DE 1823.

.....Art. 13. El Congreso declara *beneméritos de la pátria* en grado heroico á los Sres. D. Miguel Hidalgo, D. Ignacio Allende, D. Juan Aldama, D. Mariano Abasolo, D. José María Morelos, D. Mariano Matamoros, D. Leonardo y



DE JULIO ZÁRATE, MEXICO.

FUSILAMIENTO DE MORELOS